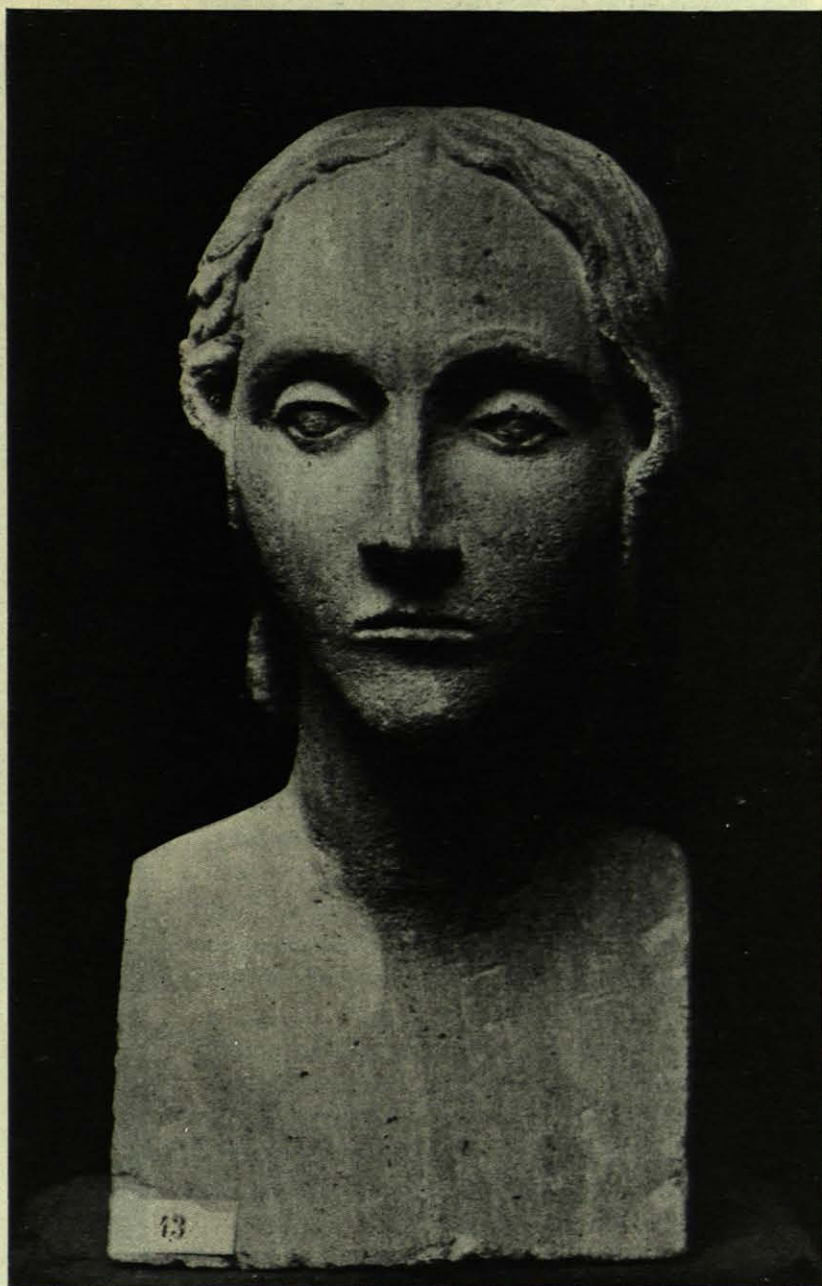


PLÁSTICA MODERNA

A P E L E S F E N O S A

LA majestad en la juventud: esto nos dice la cabeza que reproducimos en primer lugar. La fusión de esas dos cualidades que, en cierto modo, son contradictorias, constituye su encanto espiritual. A éste se agrega el encanto de una técnica simple, de gran abarcamiento de visión, por decirlo así, abierta de brazos. Técnica que recuerda a la del siglo XIII y, en general, a la de todos los momentos de arranque en la historia escultórica. Llena de pureza; limpia de prejuicios. A esta limpieza se puede llegar hoy únicamente por el camino de la eliminación. Fenosa recoge todo el semblante de esta cabeza en un óvalo y casi lo deja intacto. La modulación de su contorno es tan leve y sensible, que apenas se percibe. Y en ese óvalo immaculado, abre los dos arcos de las cejas, profundas cuencas, cuyas sombras no son tan fuertes como para evocar dolor, y vuelve a sacar luz en los párpados, no muy levantados, ni muy caídos, justos en el punto de la reflexión, de la mirada larga y tranquila. Este mismo acento espiritual recorre, baja por la ternilla de la nariz, vibra levemente, con soplo de vida, en las partes carnosas extremas y se afirma en la boca,





simple, horizontal, sin sensualismo y, sin embargo, viva.

De la majestad sensible y tierna de ese busto pasamos a la juvenil figurilla de este mancebo, que apoya su mano izquierda en una espada, sin que sepamos por qué, y se lleva la otra hacia más allá del corazón, con ademán vago que, como el de la espada, rehuye las explicaciones. La cara es tranquila, sin descomponer, y el movimiento de los pies se apunta, pero no se define. Tampoco se define la virilidad del cuerpo. Hay en él la vacilación de la adolescencia.

Por el espigamiento, el nervio y el espíritu me

recuerda Fenosa en esta obra algunas de Ernesto de Fiori, del cual me ocuparé aquí algún día.

Es Fenosa un muchacho todavía. Vive en París desde hace tiempo, y tiene allá, o tuvo cuando le conocí, por *marcante* a Percier. En el salón de este mercader expuso por vez primera, siendo su catálogo prologuizado por el espíritu de Max Jacob, amparador de todo lo sensible.

Nació Fenosa en Barcelona (16 mayo 1899). Estudió libremente. Le encantaba hace dos años la escultura alejandrina. "No soy sectario, ni tengo credo hecho", me decía. Traduciendo esta frase—porque así hay que obrar con ciertos hombres



que maquinan y sutilizan—tendríamos: “No soy secuaz, busco la maestría en mí”.

Y su maestría está en el camino de la sensibilidad y la gracia quebradiza, es decir, en algo que esquivan otros sectores del obrerismo artístico.

No hay más que fijarse en esta moderna tanagera que se arregla el peinado mirándose en un espejillo. ¿Qué resta en ella de la mujer que pudo servirle de modelo? Queda lo femenino: el ritmo, la gracia. Ese movimiento que es sólo de la mujer. No importa que el cuerpo en esta figurilla sea inverosímil; es decir, lo importante es que lo sea. Sin esa inverosimilitud, sería otra cosa, menos gentil. En las obras extremadamente intelectuales o extremadamente sensibles—alertas a lo subconsciente—de nuestros días, se da el mismo fenómeno que en las obras románicas o góticas, y es que su inverosimilitud no puede sustituirse. Es ley, es necesidad, es fundamento.

Vive Fenosa, como digo, en París, y no ale-

jado del tráfigo ni del mentidero, no recluso en su estudio, sino hablando y riendo. No produce mucho. A veces no tenía para comprar materiales. Su salud no es fuerte, pero sí su inteligencia. En medio de la baraúnda, conserva el equilibrio, salud del alma. Sorprende oírle frases como: “Aquí triunfaría hoy plenamente quien consiguiera hacer algo discreto, nada más que discreto.”

Claro que también en esta frase hay gato encerrado, y exige traducción o revelación del camino. Fenosa no quería decir que triunfaría el vulgar, el de la obrita comedia y para todos los gustos; quería decir mucho más. “Algo discreto” quería decir “algo de tal plenitud, equilibrio y sencillez, que durase como duran las obras perfectas—no seis semanas o seis meses—y que no se aprovechara de la sorpresa para seducir al público”.

J. MORENO VILLA.

R E V I S T A D E L I B R O S

EDITADO a expensas de la Diputación provincial de Toledo, ha publicado el muy inteligente Catedrático de aquel Instituto de Segunda Enseñanza D. Ismael del Pan, un interesantísimo Catálogo descriptivo de una colección histórica de mármoles existente en aquel Centro.

La colección es importante, no sólo por su origen y por la calidad de sus ejemplares, sino por la cantidad de ellos que aun se custodia en aquel establecimiento. Basta con indicar que la colección de mármoles del Museo de Ciencias Naturales se compone de unos 200 ejemplares; la de la Escuela de Minas, de unos 200; la de la Universidad de Sevilla, de un centenar, y la de la de Valencia, de otro centenar, para comprender la categoría de la de Toledo, que consta actualmente de 411 y tuvo en tiempos 807.

El libro del Sr. Del Pan consta: de un prólogo humorístico; de una introducción histórica del más vivo interés; de unas indicaciones sobre la

nomenclatura empleada en el catálogo, sumamente útiles; de otras, igualmente instructivas, acerca del orden seguido en la clasificación, y de unas advertencias muy sagaces relacionadas con las canteras de mármoles y su industria en nuestro país.

La bibliografía que D. Ismael del Pan proporciona es breve, pero esencial, y acaso completa en esta materia.

La clasificación está hecha en dos grandes divisiones: Extranjero y España. La primera se divide en continentes y naciones, y dentro de éstas, localidades. En la segunda parte (España) se subdivide la materia por reinos, provincias y localidades. Se prescinde de la ordenación por regiones naturales, que no mejoraría el método adoptado, y de su distribución por el criterio *geológico por terrenos*, acomodándose el autor a una ordenación racional en que se combinan el criterio *genético* y el *geográfico*.

La distribución de ejemplares se hace por placas y fragmentos grandes, placas elípticas, placas-